



El Concilio

Socialista Obrero Español

El Congreso general extraordinario del Partido socialista obrero español celebrado recientemente en Madrid ha sido como todos los congresos de todos los partidos políticos vivos; es decir, constituidos por masas y no por camarillas de comité, y nada más que para fines electorales. Aunque lo cierto es que estos partidos o pseudo-partidos, estas organizaciones electorales bajo el caudillaje central de Pérez, López, García, Sánchez o Martín, no celebran congresos. No tienen que congregarse; ¿para qué? A lo sumo organizan un acto—el acto suele ser un banquete—en que el ilustre jefe hace unas declaraciones. Y al que discrepa de ellas se le excomulga.

A propósito de este Congreso extraordinario del Partido socialista obrero español recordaba con mucho acierto «El País», de Madrid, los Congresos que el partido, o mejor los partidos republicanos solían no hace tantos años celebrar, y en que a nombre de la unión cada vez se dividían más. Aquel partido republicano estaba vivo.

«¿Pues si estaba vivo—se nos dirá,—cómo es que ha muerto?» Precisamente porque estaba vivo. Sólo se muere lo vivo. Y en rigor no se ha muerto. Vive, y vive nueva vida, en el fondo de ese partido socialista, obrero y no obrero. Los más de los socialistas de hoy son los antiguos republicanos. Y ese socialismo, el circunstancial, morirá como ha muerto el antiguo republicanismo; es decir, no morirá.

Todo lo vivo muere; esto es: se transforma y progresa. Y es que todo lo vivo lleva la muerte dentro de sí, como toda muerte lleva en su seno vida.

En el Congreso último del Partido socialista obrero español unos hablaban y decían y otros gritaban y desdecían; unos hablaban de lo que no saben y otros sabían lo que se callaban. Ha habido, como no puede menos, energúmenos y fanáticos; pero ha habido muchos más medrosos. Por querer mantener una falsa unión se ha creado equívocos.

A ratos parecía un concilio. Un concilio con todas las de rigor. En un concilio hay siempre un grupo de cerriles obispos archiortodoxos e hiperdogmáticos que aullan y voccean y lanzan anatemas y proclaman intangibilidades. En el Concilio del Vaticano, en tiempo de Pío IX, cuando se declaró el dogma de la infalibilidad pontificia, ese papelito lo hacían sobre todo obispos españoles, algunos de los cuales ni entendían el latín en que allí se hablaba. Y en este Concilio del Partido socialista obrero español—que es otra Iglesia—se trataba por algunos de definir el dogma de la infalibilidad pontificia de Lenin. Y como los infalibilistas no entendían el latín en que otros hablaban, alborotaban.

Cien veces hemos dicho que para un hombre de sentido propio y de independencia moral, para un hombre, no hay

nada más insoportable que el que se trata de imponerle como dogma un hecho histórico, el que se pretenda que preste fe al relato de tal o cual suceso. Y ahora, en el caso que consideramos, no se trata de doctrina, sino de que se reconozca que en Rusia para esto o lo otro.

Por nuestra parte propendemos a creer que tengan razón esos obreros ingleses que de vuelta de Rusia y de haber visto a Lenin y hablado con él, declaran que el pontífice rojo moscovita es un hombre muy mal informado de lo que pasa en el mundo. Y en especial de lo que pasa en Inglaterra, a juzgar, al menos, por la desatinada carta que ha dirigido al proletariado inglés. Y si se dirigiese al español... Sería capaz de decirle que la Transatlántica es de la Compañía de Jesús o que Llanza está vendido a la Casa Real.

Pero entre las cosas más sintomáticas que han aparecido en ese Concilio del Partido socialista obrero español han sido el apoliticismo y cierta hostilidad a los llamados intelectuales. El apoliticismo es una forma de política y de las más corrompidas. Y en cuanto a lo de la intelectualidad...

El fin principal de nuestra inteligencia es que nos enteremos, que nos informemos, y un intelectual, o no es nada o es uno que se entera, que se informa. Un buen albañil es intelectual en albañilería; un carpintero es intelectual en carpintería; un zapatero lo es en zapatería. Y un zapatero puede, si se propone, llegar a ser intelectual en pintura, y que un Apeles no tenga que decirle: «Zapatero, a tus zapatos!» Pero ni un albañil, ni un carpintero, ni un zapatero, ni un abogado, ni un médico, ni un catedrático, ni un ingeniero son intelectuales o entendidos de lo que está pasando en Rusia por muy socialistas que sean. Y menos si no saben ruso. Porque todavía apenas hay más que las traducciones ortodoxas y las heterodoxas. Acabamos de leer en el libro de Ludovic Naudeau «En prison sous la terreur russe» que a Sadoul, como no sabía el ruso, le tomaban de primo los bolcheviques haciéndole comulgar con ruedas de molino. Y lo creemos.

A nadie se le ocurre hoy decir que Marat fué el más revolucionario de los revolucionarios franceses. Y si se fuese a cuentas resultaría que el que hizo la Revolución francesa fué Juan Jacobo Rousseau, el solitario.

No nos preocupa la suerte que pueda correr la democracia ni si se disolverá en demagogia y dictadura del proletariado. De la que surgirá una nueva oligarquía. Lo que nos preocupa es el eclipse que pueda sufrir la luz de la personalidad individual, del Derecho del Hombre. Nos preocupa el porvenir del Hombre, no el de la Humanidad.

Miguel de UNAMUNO.

